

Notas

ELOGIO FUNEBRE DE MONSEÑOR JOSE JOAQUIN RAMIREZ URREA

Por Monseñor Félix Henao Botero

Hace algunas horas los superiores míos, los señores Vicarios, en enviaron un sacerdote amigo para que dijera en este recinto sagrado y delante del féretro del santo, las palabras finales de despedida. No obstante los tremendos trabajos a-brumadores de estos días y el reposo indispensable junto a la capillita de mi descanso espiritual yo acepté la espiritual encomienda y pude decirle a los campesinos que asistían al Santo Sacrificio, durante el evangelio, que nuestra arquidiócesis pasaba por una de aquellas dolorosas pruebas que la Providencia amorosa envía al pueblo de Dios para que recemos y roguemos al Señor por los pastores de la heredad espiritual. El Vicario ha muerto y el Pastor yace afligido por delicada enfermedad, víctima el uno de su anciana madurez meritoria y santa y postrado el Pastor por la sobrehumana porfía espiritual de la pastoral desplegada en favor de la Arquidiócesis, de Colombia, de la América Latina como miembro del Celam y como uno de los consejeros del Vicario de Cristo en la tierra en las comisiones postconciliares. ¡Alabado sea el Señor que así nos prueba en nuestra fe, en la esperanza y en el reconocimiento amoroso!

La alcuernia del hogar fue moldeada para el ejemplo, la sabiduría y la dirección de los pueblos. Hermanos suyos han ocupado el foro, la tribuna, la magistratura con el sentido de la Patria que en la ciudad nativa llega con los clarines de Ayacucho y las heroicas proezas en las gestas emancipadoras y en la tutela de los principios cristianos de la nacionalidad. Hermano suyo fue aquel varón sabio y sacerdote ejemplar que escribió tratados de historia eclesiástica y profana, pasto de eruditos y fuente extremadamente fecunda para el acontecer del siglo que se fué, dejando mil interrogantes para el historiador, el sociólogo y el apologista. El Padre Ulpiano fue su guía, su consejero, su ejemplar hermano carnal y en el sacerdocio.

En Roma recordaban Prelados de América de regreso al Pío Latino que el Señor Perdomo y el Señor Ramírez fueron luminosos como inteligencia y santos como seminaristas. De manos del Vicario de León XIII recibieron la unción sacerdotal y de los labios del Pontífice escucharon aquellas encíclicas que han creado una época y una diplomacia. Monseñor Ramírez Urrea fue hasta su muerte fidelísimo a la cátedra romana, sin una duda, ni una vacilación, ni un esguince espiritual. Su fe, fue la fe de Pedro encarnado en los Vicarios desde el Papa de

la "Reiun Novarum" hasta el Pontífice que ha proclamado a María, Madre de la Iglesia.

En los tiempos de nuestro Seminario tuvimos la fortuna y gracia de Dios de tener por educadores en Teología Moral a Monseñor Marulanda, en Pastoral al futuro obispo de Pasto, santo y modesto Monseñor Botero González, al Señor González Arbeláez, joven sacerdote que iba después por los caminos de la jerarquía y la crucifixión; al Doctor Sierra, teólogo, orador y caudillo de juventudes, alma y nervio de las Universidades, al Doctor Ramírez Urrea, canonista, confidente del Señor Cayzedo y consultado por Roma cuando se elaboraba el Código Canónico. ¡Epoca dorada de nuestro glorioso Seminario, fecunda y gloriosa para la historia de la salvación de nuestras montañas entrañables!

El Doctor Ramírez pudo ser profesor en universidades eclesiásticas pontificias por su versación, su responsabilidad, la fidelidad al pensamiento de la Iglesia, el amor a su cátedra, el acendrado afecto como educador a sus discípulos y la luminosa inteligencia unida a la dicción señorial, al agilísimo comentario, a la hermenéutica cautelada, profunda y prudente, discreta y documentada. Los prelados así lo reconocieron. Consejero y confidente del Señor Cayzedo, compañero fidelísimo del Señor Salazar, Vicario Capitular y Vicario General del Señor García, Deán del Capítulo, Protonotario Apostólico, nadie le vió jamás envanecido, prevalido, desconfiado. Leal al Papa, a los Obispos, a los Sacerdotes, a los seglares, nadie supo nunca nada de una descortesía, de una venial falta de caridad, de una sola diferencia con sus Pastores. Ni sacerdote alguno tuvo jamás que sentir miedo o vergüenza en acercársele, en abrirle el corazón, en depositarle la fatalidad de sus amarguras o frustraciones.

Ejemplar en celebrar el santo sacrificio de la misa, en la acción de gracias, en la meditación, en el amor a María, en su deber de todas las horas, cumplido con la alegre persuasión de hacer la voluntad del Señor. Setenta años de sacerdote diáfano! Los sacerdotes hemos comentado con íntimo placer sobrenatural que a Monseñor Ramírez no le conocimos un pecado venial deliberado. Hoy mismo podrían empezar las plegarias de sacerdotes y fieles para que lo veamos en los altares con el Señor Perdomo, su compañero en Roma, su amigo y confidente en Colombia, sabio como él, sencillo como él, santo como él, caritativo y humilde.

En "La Enseñanza" dirigió religiosas y juventudes con la tinsa sabiduría y el don de ciencia y de consejo. En la Universidad de Antioquia fue admirado y querido preceptor. Redactó con el Señor Salazar el decreto de fundación de la Universidad Católica Bolivariana y pidió diariamente por ella hasta su muerte; vinculado a la fundación de la Normal Antioqueña; coautor con el Señor García de diez y ocho parroquias nuevas en Medellín; lealísimo a los Capitulares y el mejor pedagogo que hemos tenido los sacerdotes en Medellín en cuanto a su infinita caridad de callar los defectos, deficiencias y lagunas de sus discípulos y en buscar, a costa de cualquier sacrificio, cualidades aún en quienes las deficiencias, pecados, recortes y miserias, ensombrecían la personalidad. Nunca oyó nadie una palabra de sus labios que faltara a la caridad más exigente. Su fe fue heroica, heroica su esperanza, heroica su caridad. Si en el terrible cotidiano del cumplimiento del deber nadie le conoció un desfallecimiento tenemos que confesar que las condiciones puestas por el Pontificado para la santidad se cumplieron en él. Ante su tumba talvez no debamos llorar.

Filialmente, humildemente, con sencilla convicción, los Vicarios, el Capítulo, el clero, los religiosos, las autoridades, el pobre, el pueblo cristiano, podría-

mos rezarle a él. Nos dijo en vida que rezáramos por él cuando muriera. Así lo haremos, Monseñor Ramírez, por obediencia. Decidle al Señor que imitemos vuestros ejemplos; como Prelado, como Deán, como Patriota, como Profesor, como Sacerdote, como luz y guía para las nuevas generaciones del Seminario, del laicado, del apostolado silencioso, humildísimo, diáfano, entrañable en la edificación del cuerpo de Cristo para que todas las cosas sean recapituladas en el Verbo.

EN EL CENTENARIO DE BENAVENTE

Por Carlos E. Mesa, C.M.F.

El Maestro Azorín, en sagaz estudio sobre los dramaturgos españoles de este siglo, reclamó para Don Jacinto Benavente un puesto de preeminencia en la generación del noventa y ocho. Cuando se habla de ella suelen citarse de cuatro a ocho nombres orlados de universal prestigio: Baroja, Unamuno, Valle Inclán, Azorín, Maeztu, los hermanos Machado y tal vez el olvidado Salaverría. Nunca se alega el nombre de Benavente. ¿Por qué? Las razones de esta omisión estriban en la posición especial que la literatura dramática sostiene dentro del campo de la literatura general. Es notoria, a las veces, la parcialidad con que otros literatos, novelistas o poetas, miran a los dramaturgos; e inversamente, la situación de indiferencia en que los dramaturgos se colocan respecto a los demás literatos. Azorín opina que en la generación del noventa y ocho la figura de Benavente es la primera. No sabe uno por qué —quizás por modestia— Azorín afirma que su generación no trajo a las letras castellanas cosa mejor de lo que ya antes existía. No produjo una novela mejor que “Peñas Arriba”. (¿Quiénes la leen hoy?). Ni versos mejores que los de Campoamor; ni ensayos siquiera iguales a los de Clarín; ni crítica literaria superior a la de Menéndez Pelayo; ni prosa más rica, variada o artística que la de este acertado crítico o la de Castelar. El grupo del noventa y ocho marcaría simplemente un tránsito hacia una era nueva.

Uno se permite disentir del Maestro Azorín. El noventa y ocho produjo versos mejores que los de Campoamor, con tanta frecuencia ramplones. Ahí tenemos los turbadores poemas de Antonio Machado o Enrique de Mesa. Novelas como las de Baroja, tan estudiadas y ponderadas por Azorín; prosa de tantos primores como la de Valle Inclán; ensayos tan densos y novedosos como los de Maeztu; crítica tan penetrante como la del mismo Martínez Ruiz.

Benavente, además, se encasillaba en la promoción del noventa, aunque Azorín se empeñara en presentarlo como el gran creador de la generación famosa. Corre ya, como juicio común, que Don Jacinto representa una reacción contra el teatro de José Echegaray, juzgado por Azorín con excesiva benevolencia, pues al paso que otros críticos lo tachan de retórico, efectista, falso y declamatorio, Azorín lo pregona como el maestro de la fábula coherente, pasional, exaltada, vivamente emotiva. En cambio, el teatro de Benavente aporta lo contrario: la desarticulación de la fábula. Frente al dramatismo complicado él impone el teatro desnudo de intriga; frente a la tesis melodramática, el conflicto interno, más emotivo pero de ámbito aminorado; frente al dialogar ampuloso y verboso, el coloquio discreto, más o menos condimentado de intención y de ironía.

Conste que Benavente no se sintió jamás desligado, en artesanías de oficio, de su predecesor y supuesto antagonista Don José Echegaray. En 1905, al con-

cederse el premio Nobel a Echegaray, se le rindió un homenaje nacional como a valor representativo de la literatura del momento. Contra ese homenaje se manifestaron, en áspero documento, los prohombres del noventa y ocho. Todos, menos Benavente, que no quiso firmarlo. Por eso, en 1944, Don Jacinto escribió: "Echegaray, del que guardo todo mi recuerdo y mi admiración". Y por eso se complacía en referir en 1932: "Cuando todos creían ver en mi teatro una oposición al teatro de Echegaray, sólo María Guerrero, con aquella admirable penetración suya, me decía siempre: Qué disparate! Usted procede de Don José y cuántas más obras de usted estreno, más me convenzo...".

Jacinto Benavente, nacido en Madrid en 1866, estrena su primera comedia "El nido ajeno" en 1894. Desde entonces, hasta su muerte ocurrida en 1954, siguió produciendo de tres a cuatro comedias por año. Ya desde el principio lo tomaron en cuenta los críticos, aunque a veces, como en el caso de Don Juan Valera, no acertaran a justipreciarlo y aun lo vapulearan sin misericordia.

"Gente conocida" fue la segunda comedia de Benavente. Y es curioso comprobar cómo la enjuició Don Juan Valera: "Lo que se echa de menos en esta comedia es la unidad que lo enlace todo: una acción que excite la curiosidad; una fábula que produzca el conjunto armónico indispensable a la belleza. "Gente conocida" apenas si puede calificarse de comedia; mas bien es una serie de cuadros graciosos de costumbres o mejor dicho, de malas costumbres".

Valera esgrime en este caso una preceptiva anticuada. No percibe que está naciendo una modalidad que va a predominar largo tiempo en la escena. Pero sí intuye y augura que Benavente será "uno de nuestros más celebrados y discretos autores dramáticos". Benavente no ignora las viejas reglas; lo que pasa es que está muy atento a las nuevas. En 1902 Benavente escribe en "Revista Ibérica" un estudio sobre Ibsen y asienta observaciones de dramaturgo, profundas, agudas, clarividentes. Dice que, por oposición a ciertas obras dramáticas artificiosas, donde todo el interés se centra en una trama ingeniosa dispuesta con habilidad, se ha pretendido fundar últimamente, no sin protestas, el interés de lo dramático en el análisis de caracteres y en la lucha de pasiones, pero en medio de una acción sencilla, de esas que pueden ocurrir todos los días sin marcar época en la historia de la humanidad y del individuo...

Los nuevos —puntualiza Benavente— prescinden de la acción. Sus personajes —si logran interesarnos— es por sí mismos; no por las circunstancias de la situación complicada en que puedan hallarse. Azorín comenta: Prescindir de la acción en 1902, cuando todavía imperaba la acción geométrica, inflexible, vigorosa de Echegaray! Qué enormidad! Benavente, de propósito, exagera un poco: quiere decir que la acción es lo secundario; queda relegada también a segundo término la seriación y la jerarquía de los actos...

La desconexión aparente buscada por Don Jacinto no es, en el fondo, innovación. De ese modo había procedido ya en Francia Alfredo de Musset y antes que él los dramaturgos clásicos españoles. Benavente, al restaurarla, se inserta en la más pura tradición de su pueblo.

Por su cantidad y su variedad no es fácil encasillar en grupos temáticos el profuso teatro de Benavente. Su nota común y descollante es la sátira social flechada contra las peripecias y los conflictos de la vida matrimonial, las aspiraciones de la clase media o las disipaciones de la vida aristocrática. Todo ello aparece espolvoreado de grata ironía que a veces prorrumpe en soberbios epifonemas de sarcasmo, de indignación o de mordacidad. Benavente sabe acuñar la frase lapidaria. Aunque también es verdad que por lo que atañe a su ideología no

Notas

sabría uno a qué carta quedarse, en particular sobre los principios morales del dramaturgo.

En su obra —observa nuevamente Azorín— el diálogo merecería especial atención. Ya el mismo Don Juan Valera reconocía y se complacía en declarar que en “Gente conocida” lo picante se combina con el aticismo y hay diálogos ingeniosos y muy bien parlados. Todavía quedan en él arrastres del dialogado de sus predecesores, porque no se rompe repentinamente con una tradición; pero ya la marcha de la conversación es otra. A la tiesura, a la solemnidad, a la elocuencia —sobre todo a la elocuencia— ha sucedido la rapidez, el ingenio pronto, la incoherencia aparente, la viveza regocijada. Benavente es maestro y señor del coloquio fluyente, salpicado de sabrosas ocurrencias, que tal cual vez degeneran en sutilezas o en admoniciones fatigosas de predicador o maralista laico.

En el teatro de Benavente, como en las obras de tantos clásicos, queda claveteada una ganga episódica y circunstancial. Pintura de costumbres, valiente y minuciosa, existe en él una parte que exigirá para los futuros lectores la nota aclaratoria a determinadas alusiones políticas o sociales.

Junto con el señorío del diálogo dos cualidades sobresalen, según Díez Echarri y Roca Franquesa, en el teatro de Benavente: el dominio de la técnica teatral, que hace de cada pieza suya un prodigio de construcción dramática, y la capacidad de ahondamiento en el corazón humano. “No acierta uno a entender dónde pudo estudiar Benavente tanta sicología experimental. Pocos han conocido como él las reacciones y contra reacciones del hombre y más aún de la mujer; y casi nadie, al menos entre nosotros, ha sabido darle tan feliz expresión. Algunos de sus personajes, sobre todo femeninos, son auténticas criaturas que viven la vida que él quiso darles. Por eso, concluyen estos autores, y con todos sus fallos, la obra de Benavente es la mayor aportación realizada a la escena española desde el siglo de oro”.

Obras como “Señora Ama”, “La Malquerida”, “Pepa Doncel”, “Los intereses creados”, “La ciudad alegre y confiada”, se siguen oyendo con deleite soberano y serán adorno de las más depuradas antologías de la dramaturgia española.

Circunstancias políticas a que Don Jacinto, debilitado por explicables acosos, hubo de ceder, le inspiraron el drama “Santa Rusia”, evocación de la Rusia leninista. Fue una de sus consabidas veleidades. Pero en 1947 Benavente escribió en A.B.C. de Madrid un artículo, ampliamente comentado, en que invitaba a todos los países, particularmente a los hispánicos, a enfrentarse al comunismo aunque se expusieran a recibir en la cara el denuesto de fascista. “En cierta ocasión me atreví a decir —escribe Benavente— que del Kremlin al Escorial no era tanta la distancia y que si en el otro mundo se encontraran alguna vez Felipe II y Lenin bien podrían saludarse. Los dos aspiraban al imperio universal; el uno por la idea católica del cristianismo; el otro por la idea comunista internacional. Los dos imperios, el cristiano y el comunista, están hoy, más que nunca, frente a frente. Las ideas en sí son éstas: cristianismo y materialismo. Más peligrosos que el comunismo me parecen esos comunismos con sordina que con los nombres de socialismo, laborismo y todavía el apollado liberalismo son, con sus medias tintas y sus emolientes pasteleros, cómplices eficaces del comunismo y el mayor obstáculo para combatirlo. Hay que dejar el noble metal, puro y limpio de toda ganga y de toda aleación con los metales inferiores, y más que nada hay que perder el miedo a las palabras reaccionario y fascista”.

Es sabido que Benavente empezó como poeta. Sus “Versos”, de 1893, rehuyen la declamatoria eufonía de Núñez de Arce, pero no el escepticismo y la

duda, que perduraron largamente en toda la obra del dramaturgo. Benavente no quedó afectado por la deslumbradora aparición de Rubén Darío; pero sí se advierten en su creación poética efluvios de Baudelaire y de Verlaine.

Sus "Cartas de mujeres" fueron comentadas por Don Juan Valera en 1901. El antecedente del mismo título se encuentra en el francés Marcel Prévost. El español demuestra en ellas mucho ingenio, destreza, arte y gusto delicados.

Don Jacinto Benavente murió el 14 de julio de 1954, en medio de la conmoción de los españoles que perdían así su segundo premio Nobel y su maravilloso dramaturgo. En las postrimerías Benavente revivió con intensidad su fe católica. Alguien que entró a visitarlo en sus días últimos pudo sorprender aquella frágil, diminuta anatomía arrodillada sobre la cama, mientras, juntas las manos orantes, musitaba el Padre Nuestro. Por cláusula de testamento, Jacinto Benavente yace enterrado en el cementerio aldeano de Galapagar, sobria tierra de piedras y de arbustos que uno mira con melancolía según se va de Madrid a la sierra de Guadarrama.

BOLIVAR Y SU ASCENDENCIA GALLEGA

Por Oscar Echeverri Mejía

En La Coruña, el precioso puerto gallego, a muy pocos metros de la nueva avenida de Alfonso de Molina, hay un lugar conocido por el toponímico de Peñarredonda, llamado así por una gran piedra esferoidal que señala el lugar.

Cerca están la ría del Pasaje (¡oh rías de Galicia, ensoñadoras, llenas de "morriña" y de bruma!) y la playa de Santa Cristina, nuevo sitio turístico de la costa cantábrica de España.

Allí, en Peñarredonda, a escasos cinco minutos del centro comercial de La Coruña, se alza una vieja casa vencida por los años. Una casa como tantas que el viajero ve en España, muy siglo XVI, con sus bajos techos de teja de barro, sus contrafuertes de piedra, sus pequeñas ventanas y la obligada carreta en su amplio patio.

Para que el lector se dé una idea de esta mansión, vea cómo la describe un memorial de bienes escrito en 1845 (hace más de un siglo):

"*Parroquia de San Vicente de Elviña.* - La casa principal de quinta, sita en el lugar de Peñarredonda, con sus oficinas, corralón, dos bodegas en esta para ganados, cuadras, palomar órreo y más perteneciente. La granja que se halla adherente y confinante por Levante, Vendaval y Poniente, todo cerrado sobre sí, y compuesta de diferentes plantas de huerta, viñedo, emparrado, prado con varios árboles frutíferos de diferentes cualidades, con un retazo de pinar a la inmediación del estanque, y el bosque con otros dos plantíos. El jardín cerrado sobre sí, con su puerta de entrada; la heredad que llaman Huerta de Avajo y prado regadío con su agua, de sembradura, todo, más de ochenta ferrados, medida de trigo. El pinar que se halla más arriba de la propia casa, con su mato adherente. Otro mato que está unido al mismo pinar por el lado de Levante, con varios castaños, sembradura, uno y otro, más de veinte y ocho ferrados de la de centeno. Una casa terrena unida a la principal referida de la quinta, en que al presente vive José Gaitán, a la parte del Poniente, a una sola agua..." (la ortografía es original)

Así, más o menos, era la casona de nuestra historia cuando llegó a ella el Libertador para visitar a un hermano de Doña María Teresa del Toro, con quien acababa de casarse. Poco después, Bolívar embarcó en La Coruña, rumbo a la América de sus sueños. Y en esta casona, a comienzos del siglo XVII, tenían su hogar señorial Don Marcos Jaspe, receptor de la Real Audiencia, y Doña Inés de Montenegro, entroncada con una de las más rancias familias gallegas.

¿Por qué —se preguntará el lector— se habla con tanto entusiasmo y dedicación de una de las muchas viejas casas que hay en España? La respuesta es muy clara: un historiador peninsular, Don Francisco Vales Villamarín, secretario de la Real Academia Gallega, ha descubierto que de allí parte la ascendencia galaica de Bolívar. Veamos por qué:

El 25 de mayo de 1653 contrajeron matrimonio en la iglesita románica de San Vicente de Elviña Doña María Jaspe Montenegro y Don Jacinto de Ponte y Andrade; de esta unión nació Don Pedro de Ponte Andrade Jaspe y Montenegro, quien se casó en Caracas con Doña Josefa Marín de Narváez, de quien descendían seis hijos, uno de ellos Doña María Petronila. Esta se desposó con el magnate Don Juan de Bolívar y Villegas, quien en 1710 fue alcalde de Caracas y teniente general de gobernador en la Capitanía de Venezuela. De dicha unión procede Don Juan Vicente Bolívar y Ponte, nacido en La Victoria en 1726, quien en su testamento se titulaba “Coronel del batallón de Milicias de Blancos Voluntarios de los Valles de Aragua y Comandante de Su Majestad de la Compañía de Volantes del río del Yaracuy”. Del hogar de Don Juan Vicente y de Doña María de la Concepción de Palacios y Blanco nació —como todos sabemos— Simón Bolívar.

En Peñarredonda, sitio cercano a La Coruña, está, pues, el solar de los antepasados del Libertador. Este descubrimiento del ilustre escritor gallego Vales Villamarín tiene una resonancia histórica y sentimental sin precedentes. Todos sabíamos que el genio de la emancipación tenía ascendencia gallega. Madariaga —en su controvertida y a ratos inexacta biografía— dice que ese temperamento melancólico, esos ataques de “morriña” del Libertador, denuncian a las claras su entronque galaico. Oigámoslo:

“Su tendencia a “los pensamientos tristes e ideas sombrías” se manifiesta en todos los retratos de Bolívar menos los de su primera juventud. El trasfondo de los ojos es triste aun cuando el resto de su rostro, tal y como lo ha captado el artista, respire alarde o seguridad de sí mismo, pues en cuanto al buen humor no se ve por ninguna parte, al menos, en los retratos plásticos. Algunos de sus biógrafos y diaristas nos lo pintan alegre y decididor de cuando en cuando. De ser así parece como que la tristeza hubiera sido en él estado natural en que recaía al volver al silencio y a la soledad. Y no es tristeza abstracta y general, sino un estado de ánimo con raíces. A todo gallego le recordará enseguida esta tristeza de Bolívar la *morriña* que los naturales de Galicia dan de sí en cuanto se alejan de la tierra natal. La fascinación del apellido paterno de Bolívar ha desviado a los biógrafos hacia Vizcaya: pero sus rasgos fisonómicos son característicos del gallego. La rama que en él triunfa, al menos en las capas más hondas de su ser, es la de aquellos Pontes y Jaspes de Montenegro que procedían de La Coruña. En cuanto le dejaban en paz se entristecía y le entraba la morriña...”

Todos estos datos los he obtenido gracias al fervor bolivariano del cónsul de Colombia en La Coruña, Don Jorge González Villaverde, quien los ha traído a Colombia en reciente viaje, en forma de varios documentos con la firma del citado historiador coruñés Don Francisco Vales Villamarín. Este los avala con

su firma y —más aún— se halla empeñado actualmente en escribir un libro en el cual corroborará, con documentos irrefutables, su descubrimiento del solar nativo de los antepasados gallegos de nuestro Libertador y Padre.

En uno de sus escritos, Vales Villamarín afirma que marchan por buena camino las gestiones que él viene realizando ante los organismos oficiales de España, tendientes a aquella mansión, por algún terreno colindante, sea declarada Monumento Nacional por el Gobierno de su país. Agrega que, conseguido esto, se procederá a la constitución de un patronato que se encargue de acopiar medios económicos para la adquisición de la finca, y que acometa su restauración y embellecimiento, conservando su estilo y respetando su esplendoroso pasado.

La idea del historiador gallego va más allá: una vez adquirida la casa, instalar en ella un museo bolivariano como homenaje a la figura del Libertador, "gloria de la raza" —como él mismo lo llama—, y erigir en la zona adyacente una residencia para los estudiantes españoles y extranjeros, dotada de los elementos necesarios para el estudio e investigación del Nuevo Mundo, y en especial del genio americano.

He aquí, por fin, que nuestro Libertador es tan gallego como vasco. Esa unión de dos provincias relativamente cercanas y tan disímiles conformó el carácter de Bolívar, su dispar personalidad (genio al fin). De Vizcaya son su férreo carácter, su firmeza ante la adversidad, su capacidad para afrontar sufrimientos y reveses. De Galicia son su temperamento romántico, sus arrebatos de tristeza y de melancolía ("morriña", para decirlo con la dulce palabra gallega), su mirada a veces vaga y brumosa como las rías de aquella lluviosa provincia española.

Don Francisco Vales Villamarín y Don Jorge González Villaverde, ambos españoles, están empeñados en rescatar para la posteridad la casa solariega de los Jaspe y Montenegro, ascendientes directos del Padre de América. España siempre ha proclamado a Bolívar como su hijo: la guerra de la Independencia Americana, para la Madre Patria, fue una guerra civil, una contienda entre hermanos. Bolívar, pues, es tan español como americano. Vale decir, se lo disputan cordialmente dos continentes.

Que España ama al Libertador; que su actitud ante él no es la de Madridiaga y otros —pocos— historiadores que enfocan a Bolívar como un enemigo de lo hispánico y concretamente de la tierra de sus mayores; que la Madre Patria, en fin, no es *antibolivariana*, lo comprueban infinidad de documentos y actitudes de sus hijos; y nos lo corrobora de manera definitiva y hasta conmovedora la empresa en que están empeñados Vales Villamarín y González Villaverde en homenaje a la memoria del genio de la raza.

Es apenas natural que nosotros, los colombianos, nos unamos a esa cruzada en pro de la restauración del hogar de los antecesores de Simón Bolívar, el que debemos convertir —españoles y americanos— en un altar de la patria común: la Hispanidad.

EL PUEBLO ANTIOQUEÑO

Por Nicolás Gaviria E.

De tarde en tarde se cruzan atisbos de literatura vernácula para tejer un canto a la tierra de Epifanio. Con aire doctoral algunos sociólogos andinos enmar-

Notas

can y estratifican la proteica conducta de la gente que puebla la Montaña dentro de rígidos moldes en que a la terquedad se le llama energía, a la sinceridad imprudencia, debilidad a la resignación, habilidad a la astucia; o sentando como premisas algunas expresiones de circunstancia, o aplicando personales emociones a título de causa, terminan, ya por excluir a Antioquia de la cultura, ya por colocarla en el ápice de los modelos supremos, allí donde todo lo demás debe mirarse como minúsculo y despreciable.

Se han destacado algunos atributos de este pueblo antioqueño al modo de rasgos que le dan fisonomía inconfundible. Es posible, pero tal proceder apenas plantea la necesidad de un escrutinio histórico, psicológico y racial. Son familiares ya los conceptos del varón patriarca, de la mujer bíblica, de la familia educadora, del poblado que se acoge a la sombra del templo santificando con sus plegarias el golpe del martillo y del labriego para quien la siembra es un rito religioso y el sudor un sacramento. A la luz de este paisaje la existencia transcurre en olor de idilio, la guitarra montañesa es el eco de amores impregnados de un hálito beatífico.

Pero si Gutiérrez González se levantara del polvo ¿quién lo sacaría del asombro al ver el nuevo sentido, inesperado y trágico, jamás soñado por él cuando Antioquia era una Arcadia, que encierra aquel "fuego que enciende mano extraña", al ver que por obra de criminales inquilinos está siendo "ya ajena la casa paterna"? Y no que ajena planta huelle la gleba materna, porque el siniestro resplandor de hogueras, el cárdeno hilo de la sangre y el gesto materialista son autóctonos también. Y ¿por qué extrañarlo? ¿Tiene por ventura el antioqueño la culpa de sentir arder en su sangre lo que en legítima herencia recibió? Son todos sus genes buenos, o algunos son letales? Estos interrogantes no pueden contestarse sin consultar la trama biológica con que fue tejido este pueblo en el proceso de su amanecer histórico, hoy en plena edad evolutiva. Miremos un momento allá.

Revueltas olas de naciones y costumbres, de sangres en conflicto, laten en las venas del pueblo antioqueño. Pueblo-síntesis, a su formación contribuyeron cuatro continentes. Tocó un día a los portalones de la selva, las espuelas calzadas y el hierro al cinto, un noble señor ansioso de aventuras épicas: era el hidalgo español en quien se consumía la ambición como un ascua y quemaba la inquietud como una fatal burbuja, como un secreto designio de lo Alto. La presencia del extraño fue toque de alarma, puso en pie de guerra a los hijos de la heredad. Aún resopla con los huracanes andinos la cólera de aquellos vigorosos Anteos que defendieron el derecho del solar. La tierra no olvida los nombres de los caciques que se batieron en aquella contienda de dos mundos: Sinago, Yutengo, Aramé, Bayaquimá, Tecucé, Tucujurango, Toné y veinte más. Si la lucha estuvo a la altura de los héroes, la alianza fue digna del amor que apagó los incendios porque España se hizo madre. Como la nueva familia requería servidores, del Continente negro se trajeron, pero al admitirseles en la comunidad, Africa impregnó con sus pigmentos las anteras de la raza. Momentos cósmicos aquellos: Europa, América y Africa tejían el organismo antioqueño. Y como a la formación de España habían contribuido ingredientes fenicios, árabes y románicos, quien atice los rescoldos de Antioquia hallará las huellas de Asia. Es nuestro pueblo una raza en ebullición cuya fisonomía definitiva no podemos precisar aún. En la alquimia de su sangre obran herencias incontables: recibió los empeños románticos, los modos caballerescos y la fértil galantería de los hijos de Agar; los hombres del Líbano le infundieron el sentido práctico, el frío cálculo, el impulso colonizador; impreg-

nóle Roma de su arrojo personal, de su orgullo como pueblo, de su indomable vocación heroica; exprimió del pecho español, junto con la piedad religiosa y el amor al hogar, la insaciable sed del oro; al lado del pigmento africano apareció la resistencia a la fatiga, la hermandad con el sol en el plantío tropical, la resignación en las horas oscuras; agrégase a todo esto el aporte de la sangre indígena con su amor salvaje a la tierra, esas maneras mañosas con que esquivo el antioqueño los zarpazos, la discreta sagacidad con que pulsa los hombres y las circunstancias, la tristeza indefinible de raza despojada que se quedó viviendo para siempre en los ojos de las mujeres y en el aire de las coplas populares.

Mérito del mestizo no es el haber recibido, a título de gracia, por el vaso comunicante de la herencia, inclinaciones ilustres. El hidalgo, antes que padre, fue señor. No era a menudo el mancebo ejemplar de la casa castellana que, encendiendo en sí las virtudes con que un Fernando III engalanara sus sienes o un Guzmán el Bueno sellara su juramento, las pasase con creces a la prole americana. Era más bien y no con infrecuencia, el picantero que se solaza pisoteando indios, el alcaballero hambriento que succiona, el espadachín de velludo corazón, el caballero de media loriga, gentes de hacienda unas, otras escapadas de la justicia, casi todas vestidas con petos y espaldares, capacetes y yelmos, "metidas las piernas en grevas y en gorjales los cuellos". El mordisco moro relampaguea en su cara cuando, templada por la cólera, dispara el incendio de sus ojos al tiempo que el arcabuz sobre el criollo cuyo cadáver irá a ser el pavimento histórico de América. Aquí cuenta la calleja el choque de aceros por negocios turbios o competencias palaciegas; narra allá la encina el robo de la india; esta piedra recuerda el borbotón de sangre que el puño del licenciado hizo saltar de la boca que ensayaba un argumento; el sudor del indio guisa el plato del encomendero. ¡Qué hervidero de instintos era el medio social en que habían de educarse la juventud mestiza y la juventud criolla que obró el milagro de fabricarse su propia dignidad! Fue ella la que vio Martí un día "junto al cadáver del caballero muerto sobre sus esclavos, en forma de peregrino que no consentía señor sobre él ni criado bajo él, ni más conquistas que las que hace el grano en la tierra y el amor en los corazones, luchando por el predominio de la república con el aventurero sagaz y rampante hecho a adquirir y adelantar en la selva sin más ley que su deseo, ni más límite que el de su brazo, compañero solitario y temible del leopardo y el águila".

Jamás el oidor ni el virrey, ni las rudas industrias de una aristocracia feudal, tuvieron jurisdicción sobre el alma de Antioquia. Cuando el almidón de los golillas se derretía y la violencia se bamboleaba sacudida por el huracán humano que recorrió la América con el gorro frigio, ya el leñador antioqueño era un hombre libre. En la Montaña el primer criollo nació con el hacha al hombro y creó con ella una cultura independiente, lejos de los centros infectados por la corrupción de los conquistadores. El mestizo en parte con la ayuda del mulato y el cuarterón, lavó en el trabajo las impurezas que lo manchaban desde el germen. El sudor era el agua viva con que practicaba las abluciones de su sangre. Vuelto a la Montaña, de la que salió un día para barrer la tierra de amos, sintió que la piedad de la naturaleza se le metía en el alma y conector de las angustias de los oprimidos, proclamó el mandamiento de la igualdad. Triunfaba en él la redención de la Cruz sobre la rapiña pagana. Admirable autoeducación de contrastes fue la del mestizo: descendiente de moros extenuados por el lujo y la molición, resultó laborioso; heredero de impulsos bravíos, se portó como un señor capaz de gobernar sus pasiones. Los sentimientos nobles que flotaban como

átomos náufragos en el turbión de su sangre, acabaron por imponerse absorbiendo las toxinas que hubieran hecho de nosotros una horda terrible. Allí donde cayó el esclavo, levantó dos leños cruzados, que eran todo un juramento; con el lodo de la conquista amasó el himno de la libertad; con los mosquetes y culebrinas de la soldadesca fabricó lanzas para ahupar la bestia en que la justicia, calada en su testa la cimera como una pluma de fuego, recorrió a galope los Andes; allí donde fue hecho cenizas el rebelde, levantó una tribuna para discutir los problemas humanos; con escuelas empedró los patios donde el látigo del amo cruzaba las espaldas negras; en el lugar donde se erguía la vieja casona del jolgorio levantó la Universidad. Asqueado del mal ejemplo, lejos de hacer trabajar al negro para nutrir la holganza, el criollo antioqueño buscó la Montaña y aprendió a cantar el saimo de la vida a los golpes del hacha y en la dulce espera de las cosechas. En señal de alianza con el campo rubricó la siembra con una choza pajiza, que es la firma auténtica del antioqueño. Ensaye hacer historia, si es capaz, otro pueblo, sobre estos agrios terrones y encarándose a estos peñascos que parecen oleajes de un hervoso mar sísmico. Blasón de la áspera cumbre la cabaña antioqueña por cuyos bahareques se filtran la soledad y los huracanes, pregonan la altivez afirmativa de unos hombres que se bastan allí donde perecerían otros que en el tráfigo diario derivan su sostenimiento del mercado de las lisonjas.

Raza cósmica que ha madrugado a la cultura es ésta de Antioquia, si bien se resiste a las pesquisas del sociólogo por estar todavía en revolución sus ingredientes genéticos, permite al menos prever su futura potencia cuando reposen y se alquiten sus factores raciales. Anúncianlo así los insignes brotes, la ilustre savia que engendró a José Manuel Restrepo, dio estampa procerca a José Miguel de la Calle, emancipó los vientres de las esclavas e hizo incorruptibles los tribunales con José Félix de Restrepo, lavó el suelo de tiranos con la sangre de Girardot, Liborio Mejía y Córdoba, amplificó el panorama nacional con Zea, cantó las cosechas de la tierra materna con Gutiérrez González y el alma libre del pueblo con Epifanio, enseñó a gobernar hombres con el gran Berrío, ahondó en el estudio de las ciencias con Uribe Angel, Posada Arango y Joaquín Antonio Uribe, señaló rutas de grandeza con el general Uribe, austeridad republicana con Carlos E. Restrepo, habló y respiró en las novelas de Carrasquilla y, subiendo a la mesa de los dioses del idioma, robó con Suarez la antorcha divina que arderá sin consumirse a lo ancho de los siglos.

Cuidar por que esta clase de frutos siga produciéndose por el vigoroso tronco, por que las taras latentes no vayan a sofocar las vocaciones ilustres de un pueblo como éste que adorna la historia de la república, es tarea de gobernantes y educadores. Porque si los gérmenes morbosos, avivados por los pestíferos aires que han venido soplando de Pekín y Moscú, en consorcio con la técnica del crimen que tiene en el cine su cátedra más autorizada, acaban por imponerse a las tradiciones de los abuelos, de la Antioquia de antaño no quedará más que un recuerdo flotante sobre los escombros morales.

Ya la sierra "donde los vientos refrescan" se ha visto azotada por salvajes pasiones, y dantescas visiones nos han anticipado lo que será el brazo campesino si en lugar de "llevar el hierro entre las manos" para crear riqueza o defender el honor, lo emplea para arrasar sus títulos, deshonar su hoja de vida y volver a los instintos primitivos sobre los cuales logró imponerse en uno de los más impresionantes esfuerzos de que haya sido capaz la pubertad de un pueblo.

DE LA POLEMICA, EL DIALOGO Y LA ORATORIA

Por Gabriel Henao Mejía

El ánimo polémico

De leguleyos inveterados se ha tildado a los colombianos desde siempre. En algún héroe de la independencia, aseguran muchos —con más vivacidad demagógica que certeza histórica— está el origen de esta tozuda voluntad nuestra por polemizar a diestra y siniestra, que en alguna manera es lo mismo que arrumar argucias —no argumentos— para defender o atacar lo que no nos conviene, o no nos gusta, o sencillamente deseamos combatir porque sí, porque nos viene en gana, porque no queremos estar acordes con los demás.

Ese es el ánimo polémico que nos caracteriza, que casi nos define. No es el diálogo, que siempre es cordial e inteligente método para aportar razones en beneficio de una verdad final a la cual adherimos incondicionalmente, rindiendo nuestros argumentos frente a la todopoderosa razón de otros. Es, por el contrario, el empeño vivaz, acre casi siempre, de imponer la que creemos nuestra verdad, de ahogar con nuestras razones las razones ajenas, de condenar sin juicio a quienes no comparten lo que decimos, que casi siempre coincide con lo que pensamos.

La historia colombiana se ha escrito en forma polémica. Ha sido más una discusión apasionada sobre los hombres que la forjaron que sobre las causas que la motivaron. Una fecha, en veces ha ocasionado más apasionadas discusiones que el hecho mismo amojonado por ella. Una minucia ortográfica acapara más empeños probatorios que el hondo sentido de un texto. Ni siquiera el fallo de una entidad competente basta para que se acaben las argumentaciones encontradas. Si hasta en poesía —y teniendo por voceros a altos valores estróficos de la patria— se han ensayado fieras batallas líricas que han pasado a la historia literaria como modelos de rudeza verbal e inspiración poética. Estar acordes, ceder en la controversia, conceder al contrario la razón, es una difícil posición, incómoda y menoscabante, que pocos tienen el heroísmo de tomar. Vivimos con el ánimo presto para la contienda verbal. En ristre la pluma para polemizar.

El Frente Nacional dejó sin piso el afán banderizo en lo estrictamente político. Y éste era el campo más propicio, el predilecto, el que contaba con todas nuestras competencias para ejercitarnos en el arte, no difícil para los colombianos, de vivir en trance polémico. Entonces buscamos sustitutos. Derivaciones más o menos importantes y generales para satisfacer nuestro afán discutiendo. Y ahí vamos de polémica en polémica, rellenando páginas de periódicos y revistas, espacios radiales y de televisión, para complacer nuestra vocación discordante. No hay ánimo creativo en la discusión, no hay apego a la realidad nacional en la discordia, sólo el empeño tenaz de buscar de todas maneras una brecha en cada episodio de la vida colombiana para adentrarnos en la lidia, para discutir las causas y los fines, los propósitos y el origen de todo lo divino y lo humano que en el discurrir social se nos anteponga. No nos resignamos frente a las potísimas razones de los técnicos, ni ante las sabias direcciones de los investigadores, ni aceptamos llanamente los doctos razonamientos de los estadistas. Hay que llevar al plano de la discusión nuestras propias opiniones, nuestros razonamientos, las argucias que nos depara la propia ociosidad de buscarle más causas a lo evidente, otras objeciones a lo ya logrado, distinto origen a lo que es meridiano.

Notas

El éxito logrado por las mal llamadas mesas redondas radica precisamente en que no son otra cosa que polémicas públicas, una especie moderna de los cabildos abiertos que fueron eficientes apoyos para lograr la independencia, pero se encargaron de anular vitaliciamente la eficacia de nuestros cuerpos colegiados. Las energías que se pierden en oír las partes enfrentadas, la desorientación que cubre al pueblo colombiano ante la irrevocabilidad de las posiciones que toma cada contendor, son el poco loable balance de este ánimo nocivo que nos caracteriza.

Busquémosle más nobles y creadoras derivaciones a nuestro encono. Si fuimos capaces de superar la etapa de los odios heredados, superemos también la época de las discusiones sin sentido. Si logramos superar la época de la torva demagogia, superemos también la etapa de la ociosa discusión sobre el destino colombiano. Que para beneficio de la productividad nacional, tan grato empeño de estos días, merme paradójicamente el ánimo polémico, que es la mejor manera de distraer la opinión pública de los deberes y encomiendas que requiere el país. Si hicimos de la polémica inútil casi un género literario, hagamos ahora del diálogo —que es creativo y orientador— el estilo nuevo que necesita la república.

La virtud del diálogo

En ocasión anterior, en glosa al ánimo polémico que alimenta y emponzoña las relaciones civiles de los colombianos, relievábamos que este vicio, tercaamente mantenido a través de la historia nacional, no debía confundirse con el diálogo, que es virtud ponderable de la estructura democrática de un país. Al diálogo como atributo necesario en la vida republicana queremos referirnos ahora.

En la esencia de la democracia está el diálogo. Por él alcanza su vigencia y su perdurabilidad. El diálogo, que es la facultad libre de dar y escuchar opiniones, asegura para los pueblos su destino histórico, que no es fatal sino inteligente, orientado y definido. El pulso de la vida republicana se mide por el diálogo, en él se define, por él se orienta. Así como el principio del lenguaje fue el diálogo, de la misma manera en él principia toda vida social; en su continuidad y en su progreso está él latente y permanente. El ampara la historia de las naciones, la sistematiza en normas rectoras y la funde en prospectos de progreso y de servicio.

Una vez Dios quiso castigar la soberbia de los hombres y los privó del diálogo, que a eso equivale la confusión babélica de las lenguas. Y siempre que una nación rompe —por desvío de su camino— los moldes de la libertad y los derroteros de la democracia, lo primero que pierde es el derecho a dialogar, a expresarse libremente. “Puede afirmarse que cuando el diálogo ha fracasado, han triunfado los armamentos. Cuando se cierran los labios de los estadistas, se abren las bocas de las ametralladoras y un ígneo horizonte inunda el tibio ambiente de los interlocutores”. La censura de prensa, el control de las fuentes informativas, el partido único, el régimen sin parlamento, los procesos sumarios, son formas antitéticas del diálogo. Toda restricción de éste incide inmediata y directamente sobre la libertad de los asociados. “Todas las ideas, los sentimientos, las estimaciones artísticas, los conceptos sobre la vida y los hombres, hasta el calor de las pasiones se han comunicado de unos a otros hombres a través de la conversación. Es ella el más propicio de los sistemas inventados para bruñir esa personalidad característica de los seres superiores, ya que el hombre es por antonomasia el ser que dialoga”.

En todo campo se evidencia la insurgencia del diálogo. El mejor y más difícil de los generos literarios, el teatro, es antes que todo diálogo; de ahí su

permanencia como manifestación de la cultura, pese a los continuos e infructuosos embates de la novela y el cine. En la religión, el diálogo es una norma: lo es en la confesión, en la misa, en todo el quehacer pastoral. Y sin el diálogo no puede existir la justicia; admitir las partes, notificarlas del curso del proceso, oír y sopesar sus probanzas, aceptar sus cargos y descargos, sus apelaciones y requerimientos, es la elaboración de un largo diálogo que busca apasionadamente la verdad. Y los ejemplos podrían multiplicarse en todas las manifestaciones humanas.

Concretándonos a Colombia, en su historia republicana podemos precisar la vigencia del diálogo con toda facilidad. Desde el inicio de la independencia hasta hoy, la perdurabilidad del diálogo o su eclipse han marcado nuestra vida nacional de definitiva manera. En las plazas, en las universidades, en los cabildos y en los congresos se ha venido laborando a través del siglo anterior y en esta superada mitad del siglo, el destino colombiano, siempre a fuerza de diálogo, a golpes de libertad y rebeldía contra quienes han querido apagarlo. Y cada vez que éste se borra de la historia patria puede apreciarse un desvío, un retroceso. Donde acaba el diálogo empieza la diatriba, los comunicados oficiales reemplazan la libre información, viene el juicio sin derecho de defensa, el sufragio desaparece y las leyes se improvisan.

Así, por virtud del diálogo, hemos venido ganando, conquistando, afirmando esa "libertad tranquila" de que hablara Juan XXIII como ideal deseable para las naciones. Sencillamente libertad tranquila, que no es ni demagogia ni libertinaje. La vamos consiguiendo trabajosamente, para que así la amemos más, y lentamente para que sea más segura. Una libertad tranquila que a nadie daña porque llega hasta la alambrada de los derechos ajenos. Una libertad tranquila que hoy ya apreciamos viva y vigorosa y que nos llegó por el grato camino del diálogo, sin aspavientos inútiles, sencilla y serenamente como toda cosa buena y digna de defenderse y de conservarse.

El método del discurso

Más que con la fuerza de las armas, nuestra independencia se logró con el ímpetu de las arengas, que eran el prólogo obligado —especie de música marcial— para las batallas de la emancipación. Los mensajes y las proclamas de los libertadores de Colombia constituyen un género especial en la literatura que quizá no tenga par en otros sitios del continente. Esos mensajes y esas proclamas están logrados en un lenguaje que no corresponde ni a la mentalidad ni a la cultura de aquellos bravos pero ignorantes soldados a quienes aparentemente iban dirigidos. La era mitológica, la historia de la antigüedad, héroes míticos y personajes legendarios de la historia clásica campean como ejemplos y testimonios en aquellos documentos con prolija insistencia. Si parece que se hubieran escrito más para la posteridad que para la ocasión. Pero su misma ininteligencia para aquellas mentes rudas provocaba el impacto suficiente para arrebatar a los auditorios ingenuos en quienes obraba más el ademán tribunicio de los capitanes y el tono oratorio que daban a aquellos mensajes, que el sentido hondo y vigoroso de sus contextos. Así nació la oratoria entre nosotros como el medio más eficaz e idóneo para conducir el destino nacional.

Después toda la historia colombiana es una selva oratoria, de abigarrado verbalismo, en la cual se atrincheran los conductores civiles y a cuya sombra ha crecido el prestigio de nuestros prohombres. Una garganta resonante y la estratégica ubicación de una tribuna han sido la aspiración mejor de muchos colombia-

Notas

nos que quieren hacer carrera pública. El prestigio oratorio ha sido la mejor credencial para ocupar los cargos representativos. Por ello nuestras cámaras legislativas han sido siempre el estadio consagratorio de los conductores políticos. Y la plaza pública la palestra en la cual se debe demostrar al pueblo la capacidad mentora de quienes aspiran a recibir la consagración de la opinión. Hemos vivido la historia de discurso en discurso. Ellos —y muchos han pasado a la memoria popular— son los hitos de los grandes acontecimientos nacionales. Recordamos mejor al orador que personificó un homenaje que al personaje en cuyo honor se realizó el acto. Los sucesos nacionales se sitúan siempre tras el nombre de los oradores de turno que en ellos intervienen. Aún los estatutos legales se relacionan siempre con los oradores que intervinieron en los debates parlamentarios para sustentarlos o rebatirlos. Más que la jurisprudencia, obran para conocer el espíritu de nuestras leyes las actas del congreso que recopilan los discursos parlamentarios.

Y como todos los que detentan la oratoria, que en Colombia han sido casi tantos como los poetas, no pueden ser congresistas, entonces se desplazan por Asambleas y Cabildos con la consecuente secuela de que estos cuerpos, eminentemente administrativos de suyo, se conviertan en pequeños parlamentos mediocres y ruidosos. Y no hablamos aquí del demagogo, especie muy conocida y difundida, que ha plagado de resonancias y tropelías la política colombiana de este siglo y al cual en muchas veces se ha tributado el homenaje que la patria reserva para sus mejores hombres, sólo por que posee el don dañino de un irreversible verbalismo para atrincherar sus aviesos propósitos.

Felizmente vamos superando lenta pero seguramente la etapa que pudieramos calificar de verbalista en la vida pública colombiana. Las nuevas generaciones políticas cada vez hacen menos discursos, las masas cada vez desean escuchar menos oratoria, la nación exige cada vez que haya menos profusión vocinglera. La era del transistor va acabando metódicamente con el orador. Porque éste sin el ademán tribunicio y el escenario apropiado, carece de influencia en la opinión. La presencia física del orador, su gesticulación teatral, contagiaban a las masas; pero todo esto desaparece a través de la radio y de un discurso escuchado por este medio solo queda lo poco de hondo y razonable que contenga. Lo demás son palabras, vanas palabras que el viento se lleva.

Por eso hoy la nación pide menos vocinglería y más meditación, menos palabras y más cifras, menos locuacidad y más realizaciones, menos oradores y más técnicos, menos tribunas y más bufetes, nada de demagogia y mucho de planeación. En estos últimos años, casi imperceptiblemente, se han mudado muchas cosas y para bien de la república no es la menor en importancia la que ha liquidado como premisa de prestigio a la oratoria para reemplazarla por el análisis serio de la problemática colombiana y la llana exposición de las soluciones más aptas. Después de la etapa del vano verbalismo —grandilocuente y sofisticado—, ha llegado la etapa de la sobria reflexión —ponderada y realista—.

ARTES APLICADAS

En febrero iniciará labores la nueva Facultad de Artes Aplicadas de la Pontificia Universidad Bolivariana de Medellín. Con sincero beneplácito debemos registrar este suceso, porque de veras posee especial significación en el campo

de la cultura general y porque brinda magníficas oportunidades a la juventud de uno y otro sexo para especializarse en una actividad que cada día adquiere mayor prestancia en el mundo contemporáneo. Esta nueva Facultad, resultado de los esfuerzos del ilustre claustro universitario por situarse a la altura de la realidad actual, viene a llenar con su presencia algo de fundamental importancia en los programas de superación que se desarrollan en Colombia, como es la posibilidad de capacitar a sus gentes en aquellas modalidades que el mundo moderno ha impuesto con su mecanización, o sea el diseño industrial, que da al producto corriente una nueva calidad, mediante el aporte estético y la disciplina mental que, valiéndose de la técnica, trata de hacer más humano el ámbito cotidiano.

Una Facultad de Artes Aplicadas, tal como ha sido creada por la Universidad Pontificia Bolivariana, se constituye en la auténtica Escuela de Bellas Artes de la era técnica, fundamentada en un nuevo sentido de las humanidades, en la imaginación intelectual y en el espíritu creador de los alumnos. El pónsum de estudios está planteado sobre una serie de cursos básicos discriminados de la manera siguiente: Publicidad-Artes Gráficas, Decoración Interior, Diseño Industrial-Muebles, Diseño Decorativo-Vitrales-Murales, y Cerámica. A estas materias se agrega un programa de humanidades que comprende desde la Historia del Arte y del Mueble hasta la Filosofía del Arte y de la Ética. En esta forma, los planteamientos académicos tienden a crear una "carrera" en el sentido estricto de la palabra algo alejado de las escuelas de Bellas Artes que conocemos, y, por supuesto, del viejo concepto de arte y decoración. De allí que dicha Facultad no ha de ser únicamente para personal femenino, puesto que también pretende que nuestros jóvenes, ante la creciente demanda de diseñadores especializados para la industria y la artesanía, acudan a sus aulas para capacitarse académicamente, y encuentren allí no sólo la posibilidad de una disciplina de orden estético, sino igualmente una nueva frontera en su vida profesional.

Para llevar a sus últimos objetivos el anterior programa, la Facultad de Artes Aplicadas de la U.P.B. dispone de un cuerpo de profesores especializados y de reconocida solvencia intelectual. Los prospectos actuales y los cambios que éstos puedan sufrir en el futuro están directamente bajo la revisión del Consejo Directivo de la misma Universidad. Al iniciar sus faenas, la nueva Facultad estará bajo la dirección de su Decano el Doctor Elías Zapata, a quien se debe tan espléndida realidad, como resultado de su esfuerzo personal y deseo vehemente de crear un organismo acorde con las exigencias de la época y en armonía con las crecientes necesidades de la industria colombiana. Ella será en nuestro país la pionera de este tipo de enseñanza académica. El mismo Doctor Zapata ha formulado una oportuna invitación a nuestros jóvenes para que rompan el "tabú" que ha existido respecto de esta clase de docencia universitaria y comprendan que en la Facultad de Artes Aplicadas el hombre de la nueva época tiene múltiples oportunidades de superación intelectual y éxitos concretos.

Colección “ROJO y NEGRO”

- | | |
|-------------------------------------|--------------------------------|
| 1 - Mons. Manuel José Sierra | 25 - Miguel Moreno Jaramillo |
| 2 - Mons. Félix Henao Botero | 26 - Olga Elena Mattei |
| 3 - Baltasar Uribe Isaza | 27 - David Mejía Velilla |
| 4 - Emilio Robledo | 28 - Abel García Valencia |
| 5 - Esteban Jaramillo. | 29 - Samuel Barrientos Rpo. |
| 6 - Juan de la Cruz Posada. | 30 - José María Bernal |
| 7 - Francisco Marulanda C. | 31 - Luis Borobio |
| 8 - Gonzalo Restrepo J. | 32 - Hermano Daniel |
| 9 - Abel Naranjo Villegas | 33 - Carlos Mario Londoño |
| 10 - Otto Morales Benítez | 34 - José Roberto Vásquez |
| 11 - Cayetano Betancur | 35 - Guillermo Jaramillo B. |
| 12 - Belisario Betancur | 36 - Francisco de P. Pérez |
| 13 - Ex. Sr. Tiberio Salazar. | 37 - Padre Antonio Hortelano |
| 14 - Jaime Sanín Echeverri | 38 - Padre Roberto Jaramillo |
| 15 - Gabriel Henao Mejía | 39 - Alfredo Cock Arango |
| 16 - Fernando Gómez Martínez | 40 - Excmo. Sr. M. J. Cayzedo |
| 17 - Pbro. Miguel Giraldo S. | 41 - Lucrecio Jaramillo Vélez |
| 18 - José Mejía y Mejía | 42 - Mons. Juan M. González |
| 19 - René Uribe Ferrer | 43 - Fernando Panesso Posada |
| 20 - Pbro. Dr. Emilio Botero | 44 - Tomás Cadavid Restrepo |
| 21 - José Manuel Mora V. | 45 - P. Carlos E. Mesa, C.M.F. |
| 22 - Pbro. Nazario Bernal M. | 46 - José Luis López |
| 23 - Gil J. Gil | 47 - Nicolás Gaviria E. |
| 24 - Excmo. Sr. Escobar Vélez | 48 - Padre Javier Piedrahíta |